

Que más valga tarde...

Paraguay, su historia, su gente y el cine



Paz Encina

Guionista y directora de cine paraguaya. Licenciada en Cinematografía por la Universidad del Cine de Buenos Aires. Realizó cortometrajes en cine y video, como *La Siesta* (1997) y *Supe que estabas triste* (2000), y el largometraje *Hamaca Paraguaya* (2006), ganador del Premio Fipresci, en el Festival de Cannes; Premio La Edad de Oro a la mejor película, en el Festival de Bélgica; Premio de la Crítica, en el Festival de Sao Paulo; Premio del público, en el Goteborg Film Festival; Premio Mejor Película Latinoamericana, en el Festival FICCO, México; Premio de la Crítica, en el Festival de Lima, y Premio Luis Buñuel al mejor largometraje iberoamericano.



Entre la noche del 14 y la madrugada del 15 de mayo de 1811 Paraguay se independizó de España y también de Buenos Aires. Quizá esta independencia no haya causado mucha gracia a los porteños que comenzaron, o mejor dicho continuaron, cobrando altos impuestos a los productos que bajaban de los puertos paraguayos por las aguas del Paraguay-Paraná: impuesto al tabaco, a la yerba mate, a la madera, a todo. Esto obligó a la naciente República a encerrarse en sí misma y generó una situación de autoabastecimiento. Si bien nunca faltan los que más tienen, o los que ya tienen y saben adecuarse a los nuevos tiempos, la población, eminentemente campesina, tenía lo esencial para mantenerse. Era una sociedad fundamentalmente pobre, aunque igualitaria; o al revés, fundamentalmente igualitaria, aunque pobre.

La situación de encierro tuvo sus costos y también sus beneficios; no había deuda externa, por ejemplo. Sin embargo, no se vio la necesidad de una declaración formal de independencia. De hecho, ésta se redactó recién en 1842,

treinta y un años después de haberse producido, cuando el Paraguay experimentó un cambio de gobierno y de políticas. Los más reticentes a reconocer la independencia se encontraban río abajo, encabezados por Juan Manuel de Rosas. Por eso habrá que esperar a que éste sea derrotado en la batalla de Caseros y sus enemigos se hagan con el poder para que la Confederación Argentina reconozca la independencia paraguaya, en 1852. Para el Paraguay este reconocimiento era vital porque la única salida para sus productos eran las aguas de los ríos.

A partir de este momento se produce un *boom* económico en la República. No hay que olvidar que casi todo el territorio, con yerbales y bosques incluidos, pertenecía al Estado. De allí que una vez abierto el mercado internacional, el Estado fuera el principal beneficiario del comercio. Como suele ocurrir, cuando el dinero comienza a fluir las diferencias sociales también, y los casos de corrupción y prebendarismo vienen de la mano. Sin embargo, es innegable que una buena cantidad del nuevo dinero se utilizó en obras para el país: se inició una fundición de hierro, un astillero y se comenzaron a tender las redes del telégrafo y del ferrocarril. Para estos nuevos emprendimientos se contrataron técnicos extranjeros, ingleses en su mayoría, y se enviaron a Europa jóvenes becados por el Estado.

Pero tampoco hay que exagerar y ver en el Paraguay de mediados del siglo XIX un desarrollo industrial descomunal. Es sólo que, comparado con los tiempos anteriores, los nuevos aires significaron un gran cambio. Esto duró muy poco, apenas una década. Por razones que no pueden restringirse a una sola causa, desde 1864 hasta 1870 Paraguay se vio envuelto en una feroz guerra contra sus vecinos: la Triple Alianza conformada por Brasil, Argentina y Uruguay.

La realidad es que aquel repunte económico quedó cortado de raíz. Tras la guerra, la población resultó diezmada y en toda la República no se alcanzaban los doscientos mil habitantes. La economía quedó deshecha y los rieles y vagones fueron robados por las potencias que ocuparon Asunción, como negando la posibilidad de un desarrollo propio. A partir de este momento, fueron Brasil y Argentina los que comenzaron a definir la política internacional y económica del Paraguay. Lo que antes pertenecía al Estado pasó a pertenecer al capital inglés, argentino y brasileño. Grandes empresas, como la Industrial Paraguaya, Mate Larangeira o Carlos Casado, se hicieron dueñas de las tierras y de la economía. En este escenario, el único botín apetecible que restaba eran las arcas del Estado. La anarquía política hizo su aparición y era difícil pensar la independencia de un país en estas circunstancias.

Décadas le costó al Paraguay comenzar a levantarse. De hecho, el primer centenario no pudo celebrarse en 1911 debido a que el país se encontraba inmerso en una guerra civil. Recién se lo pudo hacer en 1914. Pero de a poco el país comenzó a resurgir. Agustín Pío Barrios, *Mangoré*, deleitaba con su guitarra y, en ese mismo momento, José Asunción Flores creaba la guaranía. Sin embargo, pronto otro tipo de música se hará el dominante. Una nueva guerra, esta vez con Bolivia, mantendrá en vilo al Paraguay desde 1932 hasta 1935. Las consecuencias socioeconómicas no fueron tan nefastas como después de la contienda anterior, pero en el nivel político se experimentaron cambios que perduran hasta hoy.

Al terminar la guerra, una revolución dejó sin efecto la constitución de 1870 y estableció un gobierno que se identificaba, textuales palabras, “con los regímenes totalitarios europeos”. Si bien este gobierno duraría más de un año y

medio, abrió la puerta a ese demonio de la dictadura, que pareciera que encontró en nuestras regiones un hábitat más que apetecible. La primera, de Higinio Morínigo, se extendió desde 1940 hasta 1948. Tras un interregno seudodemocrático con un único participante, el Partido Colorado, en 1954 se instaló en el poder el General Alfredo Stroessner. Y ahí se quedó por treinta y cinco años.

Treinta y cinco años de un estado de sitio constante y cotidiano, que sólo se levantaba para las elecciones en las que Stroessner siempre era elegido. El sistema tenía un fundamento simple: se basaba en la prebenda y en la represión. La corrupción tomó carta de ciudadanía, al igual que la tortura, la desaparición y el asesinato. Por razones políticas o económicas, muchas familias optaron por el exilio y no volvieron más. Treinta y cinco años son muchos, y varias generaciones nacimos durante la dictadura.

El régimen estaba ideológicamente bien orquestado. A cada empleado público se le descontaba de su sueldo la suscripción al diario oficial *Patria*, con el que la dictadura se propagandeaba. De igual manera era utilizada la radio, a través de *La voz del coloradismo*, y la recientemente inaugurada televisión.

Así como la independencia se produjo a caballo entre un día y otro, así ocurrió con el fin de la dictadura stronista. También entre noches y madrugadas, la noche del 2 y la madrugada del 3 de febrero de 1989, el general Andrés Rodríguez, consuegro de Stroessner, logró derrocar a su pariente para luego ser electo presidente de la República. Si bien en términos de papeles todo estaba correcto, el miedo, el silencio, los sistemas de corrupción y prebenda y muchas otras prácticas siguieron vigentes y, fundamentalmente, la misma gente. La dictadura, de forma muy solapada, consiguió una *prórroga* de veinte años, que recién a partir del triunfo de este último

gobierno en 2008 se está intentando derrocar verdaderamente, con mucho esfuerzo y pocos resultados. Stroessner había hecho los deberes de forma excelente: no sólo hizo desaparecer seres humanos, también una identidad de país.

Los párrafos anteriores hablan de la historia del Paraguay, pero describen también el contexto en el cual tiene que ser pensada su historia visual. No es baladí que la única película rodada en 35 mm haya sido justamente *Cerro Corá* en 1978, que fue financiada por el gobierno de Stroessner. La película tenía el mero fin de enaltecer de una manera particular al Mariscal Francisco Solano López, presidente del Paraguay durante la Guerra de la Triple Alianza, orientando al espectador a que viera en Stroessner al fiel continuador del ideario de esta imagen de López. Así como el régimen nombró a un *historiador oficial*, lo mismo quería hacer con la imagen.

En Paraguay el cine es prácticamente nulo. En el momento en que nuestros vecinos, Argentina, Brasil y Bolivia, comenzaban a conformar una cinematografía propia, Paraguay estaba en plena dictadura y el 16 mm sólo desplegaba sus fotogramas por medio de un señor de apellido Lares, que filmaba los faraónicos acontecimientos del dictador. El 8 mm, como siempre, intentó con más nobleza captar a escondidas alguna realidad, pero tampoco tuvo mucho éxito en nuestra *isla rodeada de tierra*. La cámara de video también llegó en medio de la dictadura. Es que nuestra dictadura fue mediterránea en más de un aspecto. No fue sólo al mar que no tuvimos acceso. La TV, por lo tanto, llegó con cadenas nacionales y programas comprados de Argentina en los que también vimos llorar a Andrea del Boca.

La década del 90 se caracteriza por el confusiónismo de todos nosotros. Con todas nuestras fuerzas, seguimos vo-

tando presidentes que ocuparon importantes puestos durante la dictadura o se enriquecieron con ella de forma grosera, sobre todo a través de Itaipú, la feroz catarata de corrupción, aunque hoy ni contamos con energía para vender, porque el leonino tratado tiene sus trampitas y a nuestra pobreza hay que sumarle que no accedemos como corresponde a nuestra energía. Se viene el 2000 y con él los teléfonos celulares, las cámaras de video cada vez más accesibles y las cámaras de fotografía digitales, a lo que se suma el plus de contar con Ciudad del Este, antes Puerto Presidente Stroessner, en donde todo sale más barato, aunque no siempre con la calidad que uno espera.

En el país la imagen se democratiza en un tiempo en que la democracia es lo más parecido al marketing. Lo que la *mayoría* desea nos inunda con imágenes paraguayas rellenas con música en inglés de fondo. Qué curioso, Paraguay es un país que conserva como lengua oficial el guaraní, la lengua de los pueblos sometidos, y casi un 90% de la población habla esta lengua. De hecho, la comunicación entre paraguayos es mayoritariamente en guaraní. Aún hoy un alto porcentaje de la población es analfabeta, real o funcional, y recién desde finales de 2009 contamos con una salud pública gratuita.

Es difícil lograr la independencia y esto se da a todo nivel, también con la imagen. Entre fines de 1998 y principios de 2000 llegó a América Latina el llamado cine independiente. Este término, que nace para diferenciar al cine que se producía fuera del sistema millonario de Hollywood, fue tomando un tono netamente económico, olvidando las búsquedas estéticas, de nuevos lenguajes y formas que representen nuestra identidad. Hoy, el cine independiente se parece cada vez más al industrial; lastimosamente, la diferencia se achica y existe más cine latinoamericano que, con bajo

presupuesto, reproduce un sistema. No sé si esto juega a favor de nuestra independencia. La gran industria maneja de forma tan perfecta el *timing* del producto que casi parece ingenuo de nuestra parte intentar reproducir el lenguaje del norte. Creo firmemente que lo único que puede hacer que el cine latinoamericano ocupe un primer lugar es que logremos un cine independiente en términos de pensamiento. *Luz Silenciosa*, del mexicano Carlos Reygadas; *La Ciénaga*, de la argentina Lucrecia Martel; *Whisky*, de los uruguayos Juan Pablo Rebella y Pablo Stoll; y *La Libertad*, del argentino Lisandro Alonso, son a mi entender algunos de los mejores ejemplos.

Con relación a Paraguay, éste es un país que todavía busca su identidad, que al carecer de una ley de cine y de formación académica de nivel la cosa toma tonos un poco más graves. A veces pienso que todavía nos confundimos respecto del lenguaje, del tiempo, de los personajes, e inclusive dudo si lo bueno y lo malo, o los buenos y los malos, tienen un lugar claro en nuestras cabezas. La sensación es que nuestras imágenes son sobrias, silenciosas, pequeñas, pero que por momentos se ven atacadas por las imágenes con las que la población se codea en los cines. No me parece mal que haya un modelo de representación institucional, sólo creo que no nos sirve.

Cada vez que entro a una sala de cine me siento lejos de la gente, sin contar las películas plagadas de superhéroes o personajes creados por computadora que en su mayoría ya no voy a ver. Es claro que se prioriza *la mirada de la cámara* en lugar de nuestra mirada; pasamos a crear una imagen ya creada y todo se vuelve una simple anécdota. La observación responde a un discurso dominante y miramos lo propio como si fuera ajeno, o lo volvemos ajeno, porque el ojo está cada vez menos paciente y estamos como condenados a hacer pe-

lículas aburridas... Pero ¿aburridas para quién? ¿Quién marca los parámetros del tiempo en el cine? ¿A quién tenemos que responder?

Existe en el público paraguayo una clara preferencia por una realidad ficticia, por imágenes que solamente fascinan y, al menos a mí, eso me hace sentir más lejos de lo que estoy. No puedo decir con certeza cuál sería la imagen que cuente al Paraguay. A veces me da miedo pensar en eso, porque quizá caigo en el error de creer que esas imágenes serían marginadas de todo circuito comercial, pero ¿no somos acaso un país marginado? ¿Qué se sabe de Paraguay? ¿Qué se supo de él? Somos el corazón de América del Sur, dirán los libros impresos en Paraguay; sí, pero ¿qué más?

El país pelea en este momento por la formulación de una Ley de Cine y Audiovisual. Mientras tanto, con producciones concretas intentamos justificar que su aprobación no constituye sólo el capricho de algunos cuantos. Luego de *Hamacá Paraguaya*, los cortometrajes de Pablo Lamar, *Ahendu nde sapukai* (Oigo tu grito) y *Noche adentro*, llevaron imágenes nuestras al Festival de Cannes. Marcelo Martinessi y Renate Costa, con sus producciones *Karaí Norte* y *Cuchillo de Palo*, dieron en Berlín el puntapié inicial: el primero aportando imágenes que el realizador considera inexistentes en nuestro país; el segundo llevando una de las primeras realizaciones que cuenta nuestra larga dictadura. Ramiro Gómez, con sus documentales *Tierra Roja* y *Frankfurt*, realiza un importante recorrido y obtiene premios significativos, mostrando el más lejano Paraguay de tierra adentro.

Al momento, espera su estreno *18 cigarrillos y medio*, de Marcelo Tolces, quien realizó este trabajo en coproducción con la casa productora Canana de México; mientras *7 cajas*, un largometraje en video de Juan Maneglia y Tana

Schémbori, ambos realizadores de comerciales y miniseries de ficción para televisión, apuesta esta vez a la ficción en pantalla grande. Algo se mueve, algo se está generando. Como siempre, si nos comparamos con nuestros vecinos lo nuestro está viniendo tarde. Pero que más valga tarde... antes que nunca. ■